

el papel fundamental de la danza, el canto y aún el grito en las ceremonias. La curación mágica y la posesión por los espíritus de los pentecostales resultaron una vivificación del chamanismo ya demasiado desacreditado.

¿Qué pasó en la historia con los indios?

Los indigenistas encuentran en fray Bartolomé de las Casas un valioso aliado en su odio a la colonización española, y los teólogos de la liberación como el padre Gustavo Gutiérrez lo consideran un precursor del cristianismo de izquierda. Esta utilización política del fraile hace necesario un análisis más objetivo de su personalidad y de su obra, que seguramente será tomado a mal por quienes creen autoritariamente que los ídolos deben ser intocables. Sin poner en duda su auténtico anhelo de justicia, de la biografía puede inferirse que el origen de su pasión por la causa indígena se encuentra, tal vez, en su adolescencia, en una amistad amorosa o en una relación homosexual, consciente o no, con un joven esclavo indio que le regalara su padre, y a quien tras una forzada separación buscó obsesivamente en sus viajes por América. Las ideas de De las Casas estaban lejos de lo que hoy se entiende por indigenismo: no cuestionó el sistema colonial sino tan sólo sus métodos crueles. Lejos de considerar a la cultura indígena como autónoma, su objetivo, igual que el de los colonizadores, era la occidentalización de los indios sólo que con procedimientos pacíficos.

Los aspectos más radicales de su proyecto de reforma presentados al rey, inspirados en parte en la utopía de Tomás Moro, eran irrealizables en las condiciones sociales y económicas de la época. Lamentablemente, lo único tomado en cuenta de sus escritos fue la propuesta de fomentar la esclavitud de los negros para sustituir el trabajo forzado de los indios en las plantaciones. Al propio Las Casas se le concedieron tres esclavos negros en la isla Española, y en 1544 todavía poseía un esclavo negro. Por otra parte, en su primer viaje a Cuba se le había recompensado con una buena encomienda, lo que le permitió acumular una apreciable fortuna. En ningún momento, pues, cuestionó la esclavitud que era una institución normal en el siglo XVI, basada en Santo Tomás quien a su vez seguía a Aristóteles. Sólo en la *Historia de Indias*, su obra de madurez, se mostró arrepentido, advirtiendo que era tan injusto esclavizar a los negros como a los indios y por las mismas razones. Pero los antirracistas negros no lo perdonaron y la UNESCO se negó en 1985 a celebrar los quinientos años de su nacimiento, aduciendo que introdujo la esclavitud negra en América.

Por otra parte, nunca se propuso crear una corriente heterodoxa dentro de la Iglesia; la prueba es que no fue perseguido por la Inquisición, más aún gozó, sino de influencia, al menos de prestigio. El cristianismo era la única religión válida para todos, incluidos los propios indios. La posición de Las Casas, por lo menos en su primera época, se acercaba más a la teoría evolucionista que a la relativista: los indios estarían en el estadio en que los europeos estuvieron en otro tiempo, todas las

sociedades habrían sido bárbaras en su origen y con el tiempo alcanzarían la civilización. Las Casas no se limitaba a reconocer, como harían los relativistas, que los indios son diferentes, sino que consideraba que dejarían de serlo y que la educación cristiana contribuiría a ello.

Las denuncias de Las Casas a los crímenes de los conquistadores, hacen de él un gran humanista, pero sus informaciones eran de segunda mano, y con frecuencia exageraba y aun mentía deliberadamente para lograr mayor fuerza en sus argumentos consiguiendo el efecto contrario, la pérdida de credibilidad. Faltaba a la verdad cuando presentaba a todos los indios como pacíficos y bondadosos sin excepción, en base a sus escasas experiencias con ciertas tribus. Algunos de sus propios acompañantes fueron víctimas de otras tribus. La belicosidad de los indios no puede justificarse como una respuesta a la agresión de los conquistadores, ya que existía desde antes de que llegaran éstos. La mayor parte de los cronistas de Indias contradice la opinión de Las Casas en este punto. López de Velasco afirmaba que:

Las guerras entre sí eran muy continuas y con diferentes solemnidades y desvaríos, y siempre por causas muy livianas que la más ordinaria era la división de los términos de sus tierras, sobre que se mataban cada día y se consumían comiéndose los unos a los otros cuando se cautivaban en sacrificios de ellos⁴.

La guerra era a tal punto una virtud suprema para los indígenas que sus hazañas y sus víctimas estaban representadas por emblemas en las ropas, en las plumas que adornaban al guerrero, en las máscaras o en el tatuaje. Los soldados incas volvían de la guerra blandiendo la cabeza de los vencidos en la punta de las picas. Algunos prisioneros eran despellejados y transformados en tambores que conservaban la forma humana por lo que el cadáver parecía golpear su propio vientre con varitas que les colocaban en las manos. Las cabezas reducidas como trofeos de guerra, los collares hechos con dientes, los cueros desollados de las víctimas convertidos en vestidos, los cráneos transformados en copas donde beber la chicha, constituyen un lejano antecedente de los libros encuadernados por los nazis con piel de judíos.

Los conquistadores españoles torturaban y mataban a los indígenas, qué duda cabe, pero lo contrario también era cierto. Bernal Díaz del Castillo contaba que a Valdivia lo mantuvieron con vida durante tres días mientras lo iban comiendo.

Se comían las carnes con chil mole y de esa manera sacrificaban a todos los demás, y les comieron las piernas y brazos, y los corazones y sangre ofrecían a sus ídolos (...) y los cuerpos, que eran las barrigas y tripas echaban a los tigres y leones y sierpes y culebras que tenían en la casa de las alimañas⁵.

El mismo Díaz del Castillo cuenta que los aztecas decían a los hombres de Cortés:

Miren que malos y bellacos que sois, que aun vuestras carnes son malas para comer que amargan como hieles que no podemos tragar de amargor. Y parece ser como aquellos días se habían hartado de nuestros soldados y compañeros quiso nuestro Señor que les amargasen las carnes.

⁴ Juan López de Velasco: *Geografía y descripción universal de las Indias, recopilado por el cosmógrafo cronista desde el año 1571 al 1574, publicado por primera vez en el Boletín de la Sociedad Geográfica de Madrid, Madrid, Fortanero, 1894, citado por Alberto Mario Salas: Las armas de las conquista, Buenos Aires, Emecé, 1950.*

⁵ Bernal Díaz del Castillo: *Verdadera historia de los sucesos de la conquista de Nueva España, Madrid, Espasa Calpe, 1928.*

Los primeros cronistas de Indias documentan la antropología de las numerosas tribus indígenas, sobre todo en los Tupinambá y los Tupiguaraní del Brasil. Estos últimos practicaban la antropofagia ritual, engordaban a las víctimas y las mataban de un golpe de macana en la cabeza en un acto público. Américo Vespucio escribía en 1501 desde la costa del Brasil a Lorenzo de Medicis sobre las costumbres de los indígenas en esa región:

Quando vencen despedazan a los vencidos, se los comen asegurando que se trata de un manjar delicioso. También se nutren de carne humana el padre devora al hijo y el hijo al padre, según las circunstancias y avatares de la lucha. He visto a un hombre monstruoso que se ufanaba de haber devorado a más de trescientas personas. He visto un poblado en donde trozos de carne humana salada pendían de las vigas de las casas, como entre nosotros se hace con la carne de cerdo ahumada o curada, las salchichas y otros alimentos. Les chocaba que nosotros, al igual que ellos, no devoráramos la carne de nuestros enemigos; decían que nada tenía un sabor tan exquisito como esa carne y que no había nada tan suculento y delicado.

El cronista Pedro Mártir de Anglería —*De Orbe Novus*— no obstante ser un idealizador de los indígenas, reconocía haberse encontrado canibales en las Indias Occidentales, el Caribe y por el lado de Venezuela. El viajero alemán Ulrico Schmidel dejó testimonio en su libro *Viaje al río de la Plata, 1534-1544*, de la antropofagia de los indios charrúas del Brasil, ejercida sobre todo con las mujeres. Otro viajero alemán, Hans Staden, que vivió entre los tupinambá del Brasil entre 1549 y 1555 narraba en su *Indianischen Geshichte, 1557*, cómo era devorado un prisionero enfermo y la serenidad con que la víctima enfrentaba su destino como algo natural. El canibalismo entre los indígenas brasileños fue confirmado por otro alemán, O. Dapper (*Die unbekannte Neue Welt*), Amsterdam, 1637, y por un viajero francés, Jean de Lery, en *Histoire de un voyage fait en la terre du Bresil, 1568*⁷. El inca Garcilaso de la Vega, insospechable de animadversión hacia los indígenas por su mismo origen mestizo, señalaba en *Comentarios reales que tratan del origen de los Incas, 1609-1617*, que antes de la dominación de los incas, el canibalismo era una costumbre difundida en la región del Perú y del Amazonas. Solían comerse a sus mismos hijos pues sentían una macabra preferencia por la carne de niños. Según Garcilaso, los canibales peruanos tenían carnicerías públicas donde cada uno podía procurarse abundante carne humana.

Cierta historiografía destinada a desprestigiar a España basándose en las piadosas idealizaciones de Las Casas, presenta a unas imaginarias civilizaciones indígenas anteriores a la conquista donde reinaban la paz, el amor entre los hombres y la igualdad. La realidad con que se encontraban los conquistadores era muy distinta: las tribus luchaban a muerte por el derecho de propiedad de la tierra y por el poder, existían la esclavitud y los imperialismos, los pueblos más fuertes dominaban a los más débiles, las religiones exigían sacrificios humanos. No se trata por cierto de volver al maniqueísmo de la historia escrita por los vencedores, donde se enfrentan indios malos con blancos buenos, pero tampoco se puede aprobar el maniqueísmo simétricamente opuesto; lo contrario de un error puede seguir siendo un error. Los indios

⁶ Citado por Cristian Spiel: *El mundo de los canibales*, Barcelona, México, Grijalbo, 1973.

⁷ Citados por Mircea Eliade: *Mythes rêves et mystères*, Paris, Gallimard, 1957, p. 40.